

LOS SANTOS

SON LOS VERDADEROS JEFES DEL PROGRESO MORAL

---

CONFERENCIAS

1858

## PRIMERA CONFERENCIA. .

---

### SANTIDAD DEL CRISTIANISMO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

Al encontrarme por la primera vez á la vista de Dios y de Vuestra Eminencia en medio de esta numerosa familia cristiana, á quien una desgracia sin igual privó el año último del mas grande honor y del mas bello ornamento que ella tenia, experimento á la vez sentimientos de un dolor y de una alegría indecibles : de dolor, buscando en mis recuerdos al padre que todos hemos perdido; de alegría, viendo delante de mí al padre que otra vez hemos encontrado. El auditorio de esta catedral de Nuestra Señora siente una emocion visible cuando advierte que V. Ema. nos trae en el esplendor de su presencia ese raro conjunto de las mas altas dignidades realizadas por el lustre de la púrpura romana; y casi se diria que siente reflejar sobre sí mismo una especie de emanacion de esas dignidades con las que tanto Dios como los hombres parece se complacen en honrar el mérito y la humildad de V. Ema.

Pero lo que nos conmueve mas que todas estas grandezas es el hallar en V. Ema. lo que es todavía mas grande, esto es el hombre de Dios, el hombre apóstol, el hombre de abnegacion, el hombre animoso, que encorvándose debajo de los honores que le impusieran á un mismo tiempo las voluntades del cielo y de la tierra, me consta que ha jurado á los piés de Jesucristo elevar su desprendimiento á un grado tan alto como sus honores; el hombre en fin, que en las situaciones delicadas á que la Providencia puede conducirnos, sabria tambien cubrirse de una púrpura todavía mas gloriosa que la que decora á V. Ema. como príncipe de la Iglesia.

Eminentísimo Señor, el ilustre predecesor de V. Ema. cuya memo-

ría en nosotros está llena de veneracion no ménos que de lágrimas, bendijo dos años atras con su mano y su corazon la predicacion de un asunto que le parecia corresponder á las necesidades de nuestra época; y no es un pequeño sosten para mi flaqueza el saber que la simpatía de V. Ema. corre parejas con la de aquel, y el recibir de su bendicion, á pesar de mi indignidad profunda, una nueva mision para continuar un apostolado empezado bajo los auspicios de otro.

Despues de haber dado á la doctrina del Progreso sus dos bases fundamentales con el dogma del origen y el dogma del fin, el punto de partida y el punto de llegada, y mostrando en seguida el camino que lleva del uno al otro, hemos conseguido quitar las sombras que en estos dias de obscuridad tenian envuelta esta verdad simple al par que luminosa, á saber, que el verdadero progreso humano consiste en el perfeccionamiento de los hombres.

Pasando despues á inquirir cuál es en la humanidad y especialmente en nuestro siglo el obstáculo mayor y mas universal al perfeccionamiento de los hombres, hemos podido pronunciar esta palabra que resumia las últimas conferencias: la concupiscencia: la concupiscencia ó el amor vuelto contra su fin, y engendrando con esta desviacion radical el orgullo, el sensualismo, la codicia y el lujo. Desde entónces el torrente de la concupiscencia no ha vuelto atras, ántes bien ha continuado su curso rápido arrastrando consigo errores, corrupciones y crímenes. Y de cuando en cuando este mal que vive siempre en el fondo de nuestro siglo, se manifiesta por medio de golpes que abren las entrañas de la sociedad, y de resplandores siniestros que iluminan nuestros abismos.

En presencia de esta situacion bendigo á Dios que me inspiró la idea de haceros ver todo el mal de nuestro tiempo resumido en esta palabra: concupiscencia, obstáculo á nuestro progreso, causa de decadencia moral.

Pero, Señores, no es posible que nos detengamos aquí. Despues de haber mostrado el mal es preciso indicar el remedio. Contra ese enfreno de la concupiscencia que detiene el progreso y apresura la decadencia, es indispensable una reaccion eficaz. Así pues la mas grave cuestion es la que nos falta tratar, y saber por lo mismo quién tiene el poder de realizar el progreso moral perfeccionando á los hombres,

y cuál es la fuerza que substituyéndose á la concupiscencia, que es el principio de todas nuestras decadencias, pone en el fondo del alma humana el principio de todos nuestros progresos. Este poder que verifica el progreso moral ¿es cierto que existe? Esa fuerza capaz de echar por tierra el obstáculo á todos nuestros verdaderos progresos mediante una reaccion eficaz ¿quién puede dárnosla?

Aquí, Señores, me considero dichoso de pronunciar este nombre que es el mas dulce á mis labios y el mas caro á mi corazon: ¡Jesucristo! Hasta ahora hemos trazado las grandes líneas de este asunto, y si se me permite decirlo, preparado el terreno. Se trata ya de construir, y es mi ambicion apoyar sobre Jesucristo Nuestro Señor todo el edificio del progreso. Esta es mi conviccion como hombre y al mismo tiempo mi fe como cristiano; y cualquiera que busque para el progreso humano otro fundamento, no le abre mas que abismos. Y atendido que en este edificio es el progreso moral la piedra fundamental necesaria para el sosten del conjunto, por esto es el primer trabajo que quiero desde luego manifestaros realizado por Jesucristo y el verdadero cristianismo.

Tal es el terreno firme y eminentemente cristiano en que se coloca en este año la predicacion de la catedral de Nuestra Señora, que puede resumirse en estos términos sencillos: Reaccion eficaz contra la concupiscencia que es el obstáculo al progreso moral, por la santidad cristiana que es la causa de nuestro progreso moral. Mas tarde llegaré á otros horizontes que me abre este asunto, pero ántes de ir mas léjos debemos hacer aquí un alto: es preciso que entendais bien, que si Jesucristo encamina la humanidad hácia la via de todos sus verdaderos progresos, es por esta suprema razon de que por la santidad realiza en los hombres la perfeccion moral elevándola á la mas alta potencia.

El cristianismo produce santos, y los santos hacen el verdadero progreso del mundo.

Hoy me contento con establecer esta verdad general y preliminar que debe suministrar luz á los siguientes discursos: *El Cristianismo produce santos* y es la santidad misma.

Solo defino aquí la santidad en sus relaciones con el progreso moral. Considerada segun este punto de vista puede la santidad definirse: la perfeccion humana elevada á un grado superior. Cualquiera que sea

su causa eficaz y la mas exacta expresion de su naturaleza íntima, la santidad en sus relaciones con el progreso moral no es otra cosa que una perfeccion humana eminente.

Digo pues que la santidad así entendida es inherente al verdadero cristianismo; es el cristianismo visto bajo todos sus grandes aspectos. La santidad es el ideal del cristianismo, la santidad es la vida íntima del cristianismo, la santidad es la historia misma del cristianismo.

## I.

Todo aquel que quiere llegar á una perfeccion y realizar un progreso, debe ante todo tener un ideal, es decir la idea misma de la perfeccion á la que quiere acercarse. El artista tiene un ideal, el poeta tiene un ideal, el orador tiene un ideal: todo hombre en fin, que obrando con inteligencia, amor y libertad quiere crear algo, va tras un ideal, y es tanto mas perfecto en sus obras cuanto mejor lo reproduce en sus actos. El cristiano tiene tambien un ideal tras el cual debe ir, y cuya realizacion en sí mismo indica la medida de su cristianismo, y es tanto mas cristiano cuanto mas se le acerca y se hace mejor á su imágen.

¿Y cuál es ese ideal? Es la santidad en persona, el Verbo encarnado, el Hombre-Dios, Jesucristo Nuestro Señor. Ese ideal, todos los grandes maestros se han ejercitado en pintarle sobre el lienzo, esculpirle sobre el mármol, grabarle con la palabra, sin que hayan podido jamas llegar á satisfacerse contemplando sus obras maestras. Esta figura del Hombre-Dios es en efecto tan grande y al mismo tiempo tan sencilla, tan dulce y tan firme, tan austera y tan serena, tan majestuosa y tan atractiva, en una palabra, tan divinamente armoniosa y divinamente bella, que todo lo mas perfecto y mas acabado que el arte realiza cuando quiere pintar ó esculpir á Jesucristo, deja al artista la desconfianza invencible de expresar jamas en toda su verdad divina y humana aquella indecible belleza. ¡O belleza del Hombre-Dios! ¡quién os ha visto en una contemplacion bastante profunda, y quién ha podido pintaros bastante bien en su alma para sacar un reflejo digno de Vos y mostraros á mí en una imágen en la que mi alma pueda reconoceros

y exclamar en su éxtasis y en su arrobamiento: Él es, es la imágen de aquel á quien amo, es el retrato de Jesucristo!

Pues bien, lo que el pintor no puede mostrar sobre el lienzo, el escultor sobre el mármol, el poeta en sus cantos, el orador en sus discursos, está llamado el cristiano á mostrarlo en sus actos. Sí, yo cristiano tengo esta vocacion dificil pero sublime de hacer yo mismo un retrato de Jesucristo. Yo estoy oyendo á mi Maestro que me dice á voz en grito: Seas perfecto como perfecto es tu Padre celestial: ó hombre, imita la perfeccion de Dios: y la perfeccion de Dios soy yo mismo; yo, imágen de la sustancia del Padre, yo esplendor de su gloria, yo reflejo de todas sus perfecciones, yo perfeccion divina en sí misma que viene á tí bajo una forma humana: *Habitu inventus ut homo*; yo en fin, á quien debes necesariamente imitar si quieres ser perfecto. Hé aquí, Señores, hé aquí el ideal en el que fijo la vista como cristiano que soy, al que saludo y debo imitar. El que busque ó imite otro, podrá ser filósofo, podrá ser poeta, artista ú hombre de talento; pero no es cristiano, no es hombre del cristianismo. Nuestro ideal es la perfeccion divina que se revela al alma del cristiano con el rayo que de la cara de Jesucristo cae sobre ella; y el cristiano digno de su nombre es aquel que marca su corazon, su alma, su cuerpo, todo su sér, con el sello profundo de Jesucristo; aquel que de dia en dia se hace él mismo un cuadro, una estatua, una efigie de Jesucristo, en fin otro Jesucristo.

¡Ah! ¡qué diferente es este ideal de aquel que persiguen y exaltan en nuestros dias ciertos hombres que se proclaman cristianos, cuyo cristianismo nada absolutamente tiene de Jesucristo, nada sino un simulacro suyo. Racionalistas hay, que en el siglo décimonono hablan tambien de un ideal tras el cual es preciso ir, y de un Cristo á quien es preciso imitar: pero ¡qué Cristo! ¡qué ideal! Un ideal vacío y un Cristo imaginario: ideal frio como una sombra, Cristo abstracto como una idea; ambos estériles como la muerte por lo que toca al perfeccionamiento de los hombres y á la verdadera santidad. Esos hombres, cuyos discursos y libros hacen llorar á los cristianos, se creen sin embargo los mejores cristianos, y poco falta para que ellos mismos se llamen santos; y á decir verdad, segun las nociones que ellos dan del cristianismo y de la santidad, no se les puede negar el derecho de pro-

clamarse tales. Su doctrina cristiana y su ciencia de los santos es de una sencillez maravillosa, y dicen en sustancia y muchas veces en estos propios términos :

« ¿ Amais lo que es bello? vosotros amais á Cristo. ¿ Buscáis el ideal? « vosotros buscáis á Cristo. ¿ Adorais el ideal y lo bello? vosotros adorais á Cristo. ¿ Por qué se os acusa de no tener cristianismo? vosotros « sois los verdaderos cristianos. Dejad á los cristianos del tiempo pasado que adoren sus símbolos; cristianos del porvenir, adorad en « verdad; vosotros solos habeis hallado la religion de Cristo. »

Segun esta teoría ingenua del cristianismo y de la santidad, ya lo veís, todos nuestros literatos son santos, todos nuestros poetas son santos, todos nuestros artistas son santos, todos nuestros maestros de novelas, de folletines y artículos de fondo de los periódicos son santos. Todos estos dichosos elegidos del pensamiento, del arte y de la literatura son incontestablemente santos; porque, ¿ no aman ellos el ideal? ¿ no se han consagrado por su talento á la adoracion de lo bello? ¿ y el ideal para ellos no es el Cristo? ¿ lo bello no es el Cristo? y la adoracion de ese Cristo ¿ no es por ventura toda la religion? Cristo delicioso, que á sus adoradores no les pide mas que flores de literatura, perfumes de poesía y el mas puro incienso de las bellas artes. Religion cómoda, en la que el arte se sustituye al culto, la literatura reemplaza la virtud, y el talento se reputa santidad. Cristianos verdaderamente nuevos, cuya fe no es mas que una mirada que se echa al ideal; cuya esperanza no es otra cosa que un deseo de gloria, y cuya adoracion está toda de rodillas ante la diosa Popularidad.

Señores, en la situacion grave que nos ha hecho el decaimiento de las costumbres, y en la necesidad imperiosa de virtud y santidad que nos hostiga, no es posible que tomemos al serio esta burla moral y religiosa que en medio de vosotros se cubre con la máscara de una gravedad socrática. En el punto de vista de la verdadera santidad y del perfeccionamiento moral de los hombres, ¿ qué puede ese culto del ideal impersonal? ¿ Es bastante para santificar á los filósofos que se reservan su sacerdocio (y aun esto puede ponerse en duda)? ¿ Qué debe inferirse por lo que respecta á la moral del pueblo y al progreso general de la humanidad? ¿ Qué puede para crear virtudes y producir la santidad entre las masas, esa religion del ideal que el pueblo no

comprende y cuyo nombre es para él un enigma? ¿ En donde habeis encontrado en el hogar doméstico un padre, una madre, un hijo, no digo santificado, pero ni aun moralizado por el poder de ese ideal abstracto y por la imitacion de ese Cristo metafísico? ¿ Ah! lo que es poderoso, eficaz, fecundo para crear virtudes y producir santos es el ideal determinado, personal, vivo; es aquel que presenta diez y ocho siglos hace el cristianismo á la vista de la humanidad. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vedle en su persona viva como bajo una forma humana ofrece un modelo divino á los pueblos que fijan en él sus miradas. Vedle como por una parte toca á la divinidad porque es verdadero Dios, y por otra toca á la humanidad porque es verdadero hombre. Este modelo, que se hace él mismo á nuestra semejanza para hacernos mejor á su propia imágen; este modelo, que tiene un cuerpo como nuestro cuerpo, una alma como nuestra alma, y un corazon como nuestro corazon, le hizo Dios tan grande y le colocó tan alto, qué la humanidad ha podido verle de todas partes y al mismo tiempo imitarle.

¿ Ah! decidme, ¿ la habeis mirado en su espléndida auréola esa gran figura de Cristo? Ahí la teneis en medio de los siglos y en el centro de la historia. De todas partes las generaciones la descubren, y al descubrirla se levantan para verla mejor, como el astro que sube al horizonte de los pueblos. ¿ Ah! ¿ qué bella es esta figura del Hombre-Dios! ¿ Ah! ¿ qué grande es esta figura del Hombre-Dios! ¿ Ah! ¿ qué atractiva es esta figura del Hombre-Dios! ¿ Qué radiosa es su mirada para iluminar nuestras almas! ¿ Qué dulces son sus rayos para calentar nuestros corazones! ¿ Qué vivificante y fecundo es el calor que nos viene con su luz!...

¿ Ved si nó cómo las generaciones se complacen en mirarla, cómo mirándola la aman, y cómo amándola se deleitan en imitarla! Ellas conocen que ese rostro de Cristo que despide rayos sobre ellas, es verdaderamente su sol, sol que les da á un mismo tiempo la luz, el calor y la vida. Este sol, que no es solamente la obra de Dios, sino el mismo Dios, saben ellas que pueden adorarle sin idolatría, y le adoran; y porque le adoran, tienen necesidad de imitarle; con su mirada experimentan la divina seducción de todas sus virtudes; admiran su dulzura, su paciencia, su bondad, su humildad, su caridad, su sacrificio, su nacimiento, su vida, su muerte, y exclaman llenas de admi-